

los otros Monjes que llamaban Anacoretas (que quiere decir solitarios) sino entender siempre el oficio de Angeles que es vacar á la contemplación de las cosas divinas? ¿Qué otra cosa leemos en los libros de Judih, y Ester, y de Tobias, y de los Reyes, y de aquellos nobles Macabeos, sino maravillas y grandezas alcanzadas por oración? Quién esforzó el ánimo de aquella santa Judith (1) para emprender una tan grande hazaña como fué cortar la cabeza de Holofernes, sino la virtud de la oración? Puesta su ciudad en muy grande estrecho por el ejército de los Asirios, los sacerdotes oraban; la gente del pueblo oraba; los niños también oraban; la infanta Judith en su retrainimiento oraba: y al tiempo que se partió para el campo de los enemigos, mandó que ninguna otra cosa se hiciese por ellos, sino oración: estando entre ellos, cada noche salía fuera de su estancia á hacer oración; y al tiempo que desenvainó la espada para herir la cerviz del tirano, esforzó el brazo femenino con la virtud de la oración: y así cortada la cabeza de el enemigo, dió fin á aquella tan memorable hazaña.

Y si por ventura dijeres que todos estos Padres antiguos (mayormente los que moraban en los desiertos) tenían más aparejo para este ejercicio, porque carecían de todo negocio; para eso te quiero poner ahora delante uno de los más ocupados hombres del mundo, que fué nuestro Padre Santo Domingo: el cual no por eso dejó de llegar á la cumbre de la perfecta oración y contemplación. De suerte que estando en medio de la plaza de todos los negocios que la caridad de los prójimos requería, no por eso carecía de la oración y contemplación que los Monjes en el desierto tenían. Por donde con mucha razón le compite aquella alabanza del sabio, que dice; (2) Fué así como la oliva que comienza á brotar, y como el ciprés que sube á lo alto. Extraña cosa parece caber en una persona propiedades de dos cosas tan distantes como son el ciprés alto y estéril, y la oliva baja y fértil. Mas sin duda lo uno y lo

(1) Judith, s. 12. y 13. (2) Ecclí. 50.

otro conviene á este bienaventurado Padre; pues como oliva fructuosa daba óleo de misericordia para socorro de los proximos, ocupándose en la vida activa; como ciprés que todo se va á lo alto, subía con movimientos de amor á los ejercicios de la vida contemplativa. Y así abraza en uno ambas hermosuras de oliva y de ciprés, tomando de la una la fecundidad, dejada la bajeza, y del otro la alteza, dejada la esterilidad.»

ARTÍCULO I

DE LA NECESIDAD DE LA ORACIÓN (1)

Vigilad y orad porque no entréis en tentación: *Vigilate et orate ut non intretis in tentationem* (2) He aquí la amonestación del Salvador y la razón que el mismo señala: orad para que no entréis ó no caigáis en la tentación, diciéndonos seguidamente que el espíritu está pronto, mas la carne enferma. Ocúrrase muy luego el pensamiento que, si pues el espíritu está pronto, siendo como es de mayor virtud y naturaleza que la carne, vencerá en la demanda. Mas esto nos dice el Salvador, porque aun cuando sea de mayor condición el espíritu, todavía no es bastante poderoso, por sus fuerzas naturales, á resistir el gran peso de la carne; y más que aun el mismo espíritu, está también lisiado y grandemente debilitado para el bien, según que lo indica el Profeta-Rey cuando dice: «Vistióse de maldición como de una vestidura y entró, así como agua, en lo interior de él y como óleo en los huesos de él (3).» Notan aquí los sagrados expositores, que no se contenta el Espíritu Santo con decir que la maldición del pecado cubrió al hombre por de fuera á modo de vestidura, sino que entró como agua en su interior, y aun más, que como óleo se infiltró en todos los huesos. Por manera, que no

(1) De la obra «El Angel del Santuario» compuesta por el P. Esteban Sacrest, Ord. Praed.

(2) Marc., 14, 35.—(3) Psalm., 108, 18

sólo los sentidos exteriores del cuerpo, sino también las potencias interiores del alma y aun los más afines de los ángeles, como el entendimiento y voluntad, quedaron desgraciadamente compenetrados del virus de la serpiente, según opinan graves autores.

Así es que el alma en su propia casa encuentra quien le haga traición. Por eso la mayor parte de los hombres déjanse, sin contradicción, llevar de la fuerza de sus apetitos y concupiscencias, según que lo significó San Juan por estas palabras: «Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida (1).» Con estas tres grandes cadenas consi- gue el enemigo aherrojar al linaje humano. Así se explica que no guste el hombre más que de las cosas de este mundo y de todo lo que puede halagar sus propios apetitos.

Ahora bien, siendo así ¿qué parte será el hombre para librarse de sus apetitos y concupiscencias? ¿Qué podrá hacer en su defensa aquel pobre del Evangelio, en quien cayeron los enemigos, y á quien despojaron y maltrataron y dejaron medio muerto? Otra cosa no podía que llorar y pedir que viniesen en su ayuda. Pues he aquí lo que debemos hacer si queremos librarnos de los enemigos y no caer en el pecado: llorar y gemir, orar y pedir el socorro del Señor. Así lo manda el mismo Dios por el Profeta: *Invoca me in die tribulationis, eruam te et honorificabis me* (2): Invócame en el día de la tribulación, te sacaré y me honrarás. El pajarillo recién nacido no es parte á defenderse de los contrarios ni á salir de sus necesidades para ir en busca de alimentos de vida; pero le ha dado el Señor un gemido con que llorar, acudiendo por éste sus padres en su guarda y defensión.

Oremos también nosotros y alcemos nuestros ojos á lo alto para que nos venga el auxilio del Señor, en la inteligencia de que, según fuere nuestro gemido y nuestra oración, así será nuestra santificación. Por lo menos se nos

(1) Epist. I.^a, S. Jonn., 2, 16.—(2) Psalm., 49, v. 15.

dice en el *Eclesiástico*, que «quien guarda la ley, multiplica la oración (1)», como si dijera, se buen orador y serás buen guardador de la ley y de sus preceptos.

Y todo eso bien lo vemos todos los días por nuestros propios ojos, que los que andan muy recogidos y muy atentos á la oración, son muy fieles y observantes de la ley santa del Señor; y uno mismo experimenta que cuando le va bien en la oración, todo él anda concertado. Viene á ser la oración como la rueda maestra, la cual lleva el concierto ó desconcierto á todo nuestro ser. Si tenéis bien vuestra oración por la maña saldréis esforzado y animoso y, apenas asome el enemigo, le sabréis arrojar presto de vos; mas, si por el contrario vais á la oración sin prepará-ros y la pasáis distraído y soñoliento y disipado, si no tenéis bien vuestra oración, saldréis de ella tan mal ó peor de lo que habéis entrado. Si arrecia la tentación, no os acordaréis de decir con San Pedro: «Sálvanos, Señor, que perecemos, y os absorberán la aguas, y os hundiréis en el fondo.» ¡Quién nos diera penetrar en el proceso de todas las caídas! ¡Cuán triste prueba nos darían de esta verdad! Dejando las caídas singulares y aisladas, si preguntásemos á todos los apóstatas de la religión así del hábito como de la fe, ¿cómo nos mostrarían sus pasos desde las gradas del altar donde oraban hasta las profundidades de su defección, á donde poquito á poco vinieron á parar! Seamos, pues, hombres de oración, y seremos guardadores fieles de los mandamientos de Dios.

Pero no es esto sólo; la oración no sólo nos defiende de los enemigos y nos socorre en los peligros, sino que es medio seguro y muy acertado para llegar presto á la perfección. *Accedite ad eum et illuminamini*, dice el Profeta (2). Acercaos él y seréis iluminados; y esto es en tanto extremo verdad, que según fuere lo que nos allegaremos á Dios, así será la luz que de él recibiremos; á la manera que tanto mayor es el resplandor de un objeto cuanto

(1) Ecle., 35, 1.—(2) Psalm. 23.

más se aproxima á la luz, y tanto mayor su calor cuanto más se aproxima al fuego. Mayormente cuando es Dios sumamente comunicativo de sí mismo. Dicen los astrónomos que la claridad de la luna depende toda del sol; que así cuando el sol da sus rayos frente de ella, luce entonces de lleno y en toda su plenitud, y que si por el contrario, por interposición de algún cuerpo opaco, como de la tierra, no recibe rayo alguno del sol, en ese punto se oscurece y eclipsa toda; que asimismo según la mayor ó menor recepción de luz, así es su creciente ó su menguante. Por manera que, si nosotros, desviando los obstáculos é impedimentos que pudieran en esto entorpecernos, procuramos allegarnos á aquella Luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, recibiremos copiosa claridad y conocimiento de las cosas de Dios, según que lo dijo el mismo Dios en el Deuteronomio (1): «El Señor tiene en la mano una ley encendida, y los que se lleguen á sus pies recibirán de su doctrina.» ¿Y qué otra cosa nos quiso significar aquel admirable resplandor de que fué inundado el rostro de Moisés, después que hubo hablado con Dios en el monte, mas que la claridad y el conocimiento que su alma recibió de la comunicación con Dios? Especialmente que el mismo Señor desea que nos lleguemos á Él para iluminarnos con su luz, instruirnos con su ley y enriquecernos con sus dones. «Venid á mí (2)» nos dice en el Evangelio; y en el Levítico: «Os miraré y seréis multiplicados y prosperados (3).»

Y nótese que la luz de Dios es luz, que al mismo tiempo que clarifica el entendimiento, enciende la voluntad. Como el sol en la naturaleza, al aparecer sobre el horizonte la esclarece, la alegra, la vivifica y prospera, de igual manera Dios ilustra, vivifica y esclarece las almas con los resplandores de su gracia. De manera, que el que quiera traer su alma siempre iluminada, alegre y devota para todo bien, procure que este divino sol esté siempre en su horizonte

(1) Deuteronomio, cap. 23.—(2) Math., 11, 28.—(3) Levit., 26.

influyéndole con los resplandores de su gracia. Acaece muchas veces encontrarse el hombre frío, triste, oscurecido, y entrar en la oración y hablar con Dios, y súbitamente sentirse regocijado como quien amanece en claro y hermoso día. Luego se forman buenos propósitos y nacen los buenos deseos y aparecen las gracias y hermosura de las virtudes. Á manera de mañana tranquila, cesa el bullicio de los pensamientos, callan las pasiones, el corazón se goza en la claridad de la nueva atmósfera. «Yo los llevaré, había dicho Isaías (1); yo los llevaré á mi santo monte y los alegraré en la casa de mi oración.» Así deleitado y encumbrado el corazón con las consolaciones del Espíritu Santo, toma grandes alientos en el camino del bien, haciendo en pocas horas muchas y muy dificultosas jornadas; según que expresamente lo canta David (2): «Los caminos de tus mandatos corrí cuando dilataste mi corazón.» Esto lo vemos bien todos los días. Cuando por ventura nuestra tenemos bien la oración, salimos de ella esforzados para todo bien, recogidos y devotos para las cosas de Dios, humildes y apacibles con nuestro prójimos y reverentes con los superiores, ganosos de trabajar por Dios, de ofrecer sacrificio de nosotros mismos y de padecer mucho por su santo Nombre. Esto tenían bien entendido los Santos, y por esto tanto nos recomiendan siempre el ejercicio de la oración, como quien tenía bien sabido que en este camino no se da paso sin la oración, y con ella, se anda á manera de gigante. Para andar los grandes caminos que anduvieron, ¿qué otra cosa hicieron Moisés y David, Elías y Daniel, Ester y Judit con todos los Profetas? ¿En qué se ocupaban San Hilarión y San Pacomio, San Sabas y todos los solitarios y anacoretas del desierto? ¿Qué justo hay en la tierra y qué santo hay en el cielo que no lo sea por la oración? (3).

(1) Isaiae, 56.—(2) Psalm. 118.—(3) Vid. Div. Thom., 2.^a 2.^{ae}, q. 83, art. 2.

ARTÍCULO II

MARAVILLOSO EJEMPLO DE ORACIÓN QUE PRESENTA EL VENERABLE GRANADA

Es mucho de maravillar lo mucho que en esto se ejercitaba, á pesar de sus incesantes trabajos, el glorioso Patriarca de los Predicadores Sto. Domingo de Guzmán, el cual vivía casi en oración continua, y esto en medio y á pesar de las fatigas incesantes del apostolado, á pesar de la solicitud del gobierno y dirección de la Orden. No podemos aquí dejar de transcribir por la eficacia del ejemplo y por las amenas reflexiones con que lo comenta el V. P. Granada, el uso que de la oración hacía el Santo Patriarca. Dice así:

«Te quiero poner delante uno de los más ocupados hombres del mundo que fué nuestro glorioso Padre Santo Domingo, el cual no por eso dejó de llegar á la cumbre de la perfecta oración y contemplación. De suerte que estando en medio de la plaza de todos los negocios que la caridad de los prójimos requería, no por eso carecía de la oración y contemplación que los monjes en el desierto tenían. Por donde con mucha razón le compete aquella alabanza del sabio que dice: Fué así como la oliva que empieza á brotar, y como el ciprés alto y la oliva baja y fecunda. Mas sin duda lo uno y lo otro conviene á este bienaventurado Padre, pues como oliva fructuosa, daba óleo de misericordia para consuelo de los prójimos, ocupándose en la vida activa, y como ciprés que todo se va á lo alto, subía con movimiento de amor á los ejercicios de la vida contemplativa. Y así abrazaba en uno ambas hermosuras de oliva y de ciprés, tomando de la una la fecundidad, dejada la bajeza, y del otro la alteza, dejada la esterilidad.»

Pues qué tan continuas hayan sido las oraciones del

Santo, y de cuántas maneras de orar haya usado, así escribe San Antonino en la tercera parte de sus historias:

«Aunque toda la vida del Santo era una continua oración, todavía además de las siete horas canónicas, usaba de otros muchos modos de orar para despertar más con algunos actos exteriores la devoción interior. De los cuales el primero era inclinándose profundamente en el altar, presuponiendo que el altar era figura de Cristo, acordándose que está escrito: «La oración del que se humilla penetra los cielos.»

«El segundo era postrándose todo en tierra de largo á largo de la manera que Cristo oró en el huerto, y así como compungido en su corazón y como hombre compungido dentro de sí, decía: «Señor Dios, apiádate de mí pecador.»

«El tercero era estando en pie y disciplinándose con una cadena de hierro, diciendo aquel verso del Profeta: «Tu disciplina, Señor, me corrigió hasta el fin, y tu disciplina me enseñará.»

«El cuarto era hincándose muchas veces de rodillas, á imitación de aquel leproso del Evangelio que, ante la presencia del Salvador, decía: «Señor, si quieres puedesme limpiar.»

«El quinto era estando en pie delante del altar, las manos un poco levantadas y un poco extendidas á manera de un libro abierto, y así estaba como delante de Dios leyendo con gran devoción y reverencia y meditando las palabras divinas y platicándolas dulcemente consigo.»

«El sexto era poniéndose en cruz como oró el Salvador, cuando estando crucificado hizo oración por nosotros con grande clamor y lágrimas y fué oído por su reverencia.»

«El séptimo era algunas veces, estando en pie y las manos extendidas y derechas al cielo, como saeta que sube á lo alto de un arco flechado, y créese que con esta manera de orar, además de acrecentársele la gracia, alcanzaba lo que pedía al Señor.»

«El octavo, después de las horas canónicas, ó de las gra-

cias que se dan después de comer, porque en estos tiempos el santo varón, lleno de espíritu de devoción con las palabras de los salmos que había cantado ó que había oído en la lección de la mesa, luego se recogía en la celda ó en algún lugar solitario, y hecha la señal de la cruz, abría un libro y comenzaba á leer por él con grande suavidad, pareciéndole que hablaba Dios en aquel libro, y que él oía sus palabras atentamente, diciendo con el Profeta: «Oiré lo que habla en mí el Señor.»

«El nono era otra muy loable costumbre que el santo varón tenía cuando andaba camino, que siempre iba dentro de sí orando y meditando, y para mejor hacer esto, decía á los compañeros que se fuesen delante ó se quedasen atrás por quedarse él solo, alegándoles dulcemente aquellas palabras del Profeta que dice: «Llevarle he á la soledad y allí le hablaré al corazón.»

Hasta aquí son palabras de San Antonino.

«Estos son, pues, los modos de orar, estos los ejercicios y los ejemplos de este glorioso Padre. No sé aquí por cierto qué primero diga, ni de qué primero me maraville. Maravíllome cuando considero qué tan grande sería la suavidad y gusto que este bienaventurado Padre recibiría cuando así perseveraba en estos ejercicios, pues ni de día ni de noche, ni andando, ni parado, ni comiendo, ni después de haber comido, se cansaba ni hartaba de estar siempre ocupado en estos divinos coloquios. Maravíllome de ver tantas maneras como halló en este ejercicio de oración, para nunca empalagarse comiendo siempre de un mismo manjar para despertar más el apetito de las cosas espirituales con esta variedad. Sobre todo esto, me maravillo de la destreza de este tan valeroso capitán que no menos peleaba con la mano siniestra que con la diestra, pues tan continuo era en el sócorro de los prójimos, y tan continuo en estar con Dios sin impedirse un ejercicio al otro. De ángeles es entender de tal manera en el negocio de los hombres que no por esto dejen la vista y contemplación de Dios y

este ángel de la tierra y hombre del cielo, de tal manera tenía puestos sus ojos en Dios, que ni la gobernación de toda una Orden, ni el estudio de las letras, ni las ocupaciones del predicar y confesar y disputar con herejes, y andar caminos y acudir á tantas maneras de negocios como estaban á su cargo, impedían aquella unión de su benditísimo espíritu con Dios. Y si alguna vez por algún breve momento le impedían, es de creer que luego, á semejanza de aquellos misteriosos animales que vió el profeta Ezequiel, iba y volvía al secreto de su recogimiento como un relámpago resplandeciente. Porque como varón perfecto había llegado á aquel estado perfectísimo y felicísimo donde aquellas dos maneras de vida activa y contemplativa hacen una compuesta de ambas sin que la una perjudique á la otra, sino que antes se ayudan una á otra. Porque el ejercicio de las buenas obras hacía su oración más eficaz y la devoción que sacaba de la oración le hacía más pronto en el bien obrar. Y demás de esto, con la oración guiaba mejor los negocios de la gobernación porque los trataba primero con Dios y con ella también guiaba lo de la predicación, porque por ella salían sus palabras teñidas de espíritu de la devoción y encendidas como hachas en la fragua del amor divino.»

ARTÍCULO III

DE LAS ALABANZAS DE LA ORACIÓN SEGÚN LA ESCRITURA Y LOS SANTOS PADRES

Vista la necesidad de la oración para cumplir aquella palabra del Profeta: «Apártate del mal y haz el bien», en cuya práctica podríamos decir está la ley y los Profetas, no es de maravillar si toda la Escritura es una alabanza y los santos una sola lengua para bendecir la oración. Sin hablar de los salmos, cuya mayor parte es plegaria y oración ferviente, el *Eclesiástico* escribe (1): «No haya

(1) Eccl., 18.

que te impida el hacer siempre oración», é Isaías dice (1): «Los que os acordáis del Señor, no calléis ni ceséis jamás de darle voces», y el Salvador, por su parte, en el Evangelio, sobre muchas maneras de comparaciones y parábolas que revelan la virtud y necesidad, la eficacia y bienes de la oración, encarga la oración por estas palabras: «Velad en todo tiempo perseverando en la oración, porque merezcáis ser librados de todos estos males que han de venir, y parecer ante el Hijo del hombre (2).» Y por San Marcos (3) aconseja lo mismo con grande instancia, diciendo: «Mirad, velad y orad, porque no sabéis cuándo ha de venir el día del Señor.» El cual documento no sólo enseñó Él de palabra, sino que, según nos consta del Evangelio, días y noches pasaba el Redentor en oración, no ciertamente porque hubiese de esta necesidad, sino más bien para nuestra enseñanza y edificación.

Pues ya pasando á los apóstoles, ¿cuál no es la instancia con que nos inculcan la oración? «Siempre estad alegres», decía el Apóstol á los Tesalonicenses (4), siempre estad alegres, y haced oración sin cesar, y dad gracias al Señor en todas las cosas porque esta es su voluntad.» A los Filipenses, dice (5): «De ninguna cosa de esta vida tengáis cuidado, sino con toda oración, y suplicación, y hacimiento de gracias sean presentadas vuestras peticiones ante Dios.» A los Colosenses (6), asimismo: «Ocupaos con toda instancia en la oración, velando en ella con hacimiento de gracias.» Pues á su discípulo Timoteo (7) tres veces en una misma carta le recomienda la oración, concretándole las cosas por las cuales había de pedir, mayormente por los reyes y superiores, según que, como advierte más tarde San Agustín (8) en su Regla, son los que mayor necesidad tienen y más pueden contribuir á que Dios nos dé vida pacífica y sosegada, concluyendo así: «Quiero que los hombres hagan oración en todo lugar, levanten las

1) Isaie, 62.—(2) Luc., 21.—(3) S. Marc., 13.—(4) 1.^a Thesal., cap. 5.—(5) Philip., 4.—(6) Colos., 4.—(7) 1.^a Timot., 2.—(8) Reg., S. Aug.

manos puras á Dios, sin iras ni contienda.» Y más abajo, hablando de la viuda cristiana, dice: «La que es verdadera viuda y desamparada, ponga su confianza en Dios, y ocúpese con toda instancia en oración día y noche (1).»

No dejaremos las Escrituras sin hacer constar que el Señor ha querido fuese la plegaria el distintivo de su pueblo que á diferencia de otros pueblos había de significarse por el mayor espíritu de ruego y oración, y así dice por Isaías (2): «Mi casa será llamada casa de oración en todas las gentes.» Dando en esto á entender que ésta había de ser la divisa del pueblo cristiano. Porque todas las otras suertes de gentes, así como viven de la tierra, así todo su trato es la tierra; mas esta nueva gente, como vive del cielo, que es del socorro de Dios y de su gracia, así todo su trato ha de ser en el cielo.

Mas hora es ya que sigamos á los Santos que tan instruídos fueron en las Escrituras divinas, los cuales á su vez magnifican y enaltecen los bienes de la oración desde luego por los merecimientos y virtudes que en ella alcanzaron del Señor, lo cual hacen con palabras llenas de fe y amor del Espíritu Santo. San Juan Crisóstomo (3) en un tratado que á este propósito compuso, exclama: ¿Qué cosa puede ser más justa, ni más hermosa, ni más santa, ni más llena de sabiduría que el alma que tiene trato y comunicación con Dios? Porque si los que suelen hablar y tratar con sabios, en poco tiempo se hacen sabios, ¿qué diremos de los que siempre hablan con Dios y comunican con Él? ¡Oh, cuánta es la sabiduría, cuánta la virtud, cuánta la prudencia, y la bondad, y la templanza y la igualdad de costumbres que trae consigo el estudio de la oración! Por lo cual no errará nada el que dijere ser la oración causa de toda virtud y justicia, y que ninguna cosa de las que son necesarias para la verdadera piedad puede entrar en el alma donde del todo faltase la oración. Mas antes, así como la ciudad que está sin muros y baluartes, fácilmente es en-

(1) 1.^a Timot., 2.—(2) Isaie, 56.—(3) *De Preparatione orat.*

trada de los enemigos, así el alma que no está guarnecida de oraciones, fácilmente es vencida del demonio y llena de vicios.»

Y un poco más abajo añade: «Tampoco irá lejos de la verdad el que dijere que la oración es así como unos nervios espirituales del alma; porque así como el cuerpo está trabado con los nervios y con ellos se mueve á todas partes, y es tanta la necesidad que de ellos tiene para vivir que si le quitasen los nervios luego se destemplería toda aquella armonía y consonancia que tiene, así las almas mediante los nervios de la oración están firmes y hábiles para la vida espiritual, y para ejercitarse perfectamente en la carrera de la virtud. Y demás de esto han de entender, que lo que es sacar al pez fuera del agua, eso es quitar al hombre de la oración, porque así como el pez se mantiene en tal elemento, así también el alma se sustenta con la oración. Por ésta finalmente se nos da subir á lo alto y traspasar el cielo y hacernos muy cercanos á Dios.»

Testimonio no menos ilustre es el de San Juan Clímaco (1), el cual hablando de esta misma virtud, dice así: «La oración es unión del alma con Dios, madre de la gracia, perdón de los pecados, puente para pasar las tribulaciones, muro para resistir á las tentaciones, cuchillo para vencer en las batallas, ejercicio y obra de ángeles, principio de la alegría del cielo, obra que nunca se acaba, fuente de las virtudes, portadora de las gracias, aprovechamiento invisible, mantenimiento del alma, lumbre del entendimiento, destierro de la desconfianza, fundamento de la esperanza, arma contra la tristeza, riqueza de los monjes y tesoro de la vida solitaria. Pues levantémonos, hermanos, y oigamos á esta madre de las virtudes, que nos dice: «Venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os daré refugio: Tomad mi yugo sobre vosotros y hallaréis descanso para vuestras almas y medicina para vuestras llagas.»

Con lo cual concuerda el piadosísimo San Basilio, que

(1) *Scala spir.* 28.

avezado al canto de los salmos, hace de la oración, debajo de ese nombre, grandes encomios por estas palabras: «El salmo hace huir los demonios y convida á los ángeles, es escudo de los temores de la noche y descanso de los trabajos del día, tutela de los niños, ornamento de los mozos, consuelo de los ancianos y hermosura de la mujeres. El salmo hace morar en los desiertos y vivir con templanza en las ciudades: es el *ABC* de los que comienzan, y espuela de los que aprovechan, y firmeza estable de los que acaban.»

Por su parte también el doctor (1) meliflúo, ejercitado según era en la oración, escribe: «¿Qué cosa es tan provechosa como la oración, la cual es sacrificio para Dios, música para los ángeles, convite para los Santos, ungüento para los contritos, remedio para los penitentes, saeta contra los enemigos y escudo para los perseguidos? Nadie tenga en poco, añade en otro lugar, su oración: porque dígoos de verdad, que no la tiene en poco. Aquel á quien se hace, porque después que sale de nuestros labios, Él la hace escribir en su libro, y una de dos cosas debemos esperar sin ninguna duda, que, ó nos dará lo que pedimos, ó lo que nos fuere más necesario.»

Concluiremos con el Doctor Angélico (2) el cual tratando de si la oración es meritoria, trae las palabras del salmo que dice: «Mi oración volverá sobre mi seno, que es en provecho mío»; y luego discurre el Santo de esta suerte: «La oración además de la consolación espiritual que causa actualmente, tiene otras dos virtudes: virtud de merecer y virtud de impetrar. Tiene virtud de merecer en cuanto procede de la raíz de la caridad cuyo propio objeto es el bien eterno, y procede de la la caridad por medio de la religión acompañada de otras virtudes tales como la fe y la humildad. Así la religión ofrece la plegaria, la caridad apetece el bien que se pide, la fe cree en el Señor que lo da y la humildad confiesa la falta que de Él tiene.» Admi-

(1) *Sup. cant. serm.*, 7.— (2) *2.^a 2.^a quest. 83. art. 15.*

rable es, pues, la oración que se acompaña de tan variado cortejo y que nos trae ó mejor nos lleva al bien de Dios. Por donde es la gran escala que nos traslada de la tierra al cielo.

ARTÍCULO IV

DOCUMENTOS SOBRE LA ORACIÓN

1. La medida y extensión de nuestra oración debe ser conforme á la situación de nuestro espíritu y á las ocupaciones de nuestro estado.

2. Quien alarga la oración hasta el término de fastidiar y agravar el espíritu, se opone al fin de la misma oración, que es el de tener vivo el deseo de glorificar á Dios. Esta doctrina, declarada luminosamente por Santo Tomás, debiera ser bien considerada de aquellas personas, por otra parte buenas, que con el ejercicio de la oración oprimen el espíritu en vez de recrearle. El hombre templado y reflexivo cesa de comer cuando cesa el apetito ó siente pesadez de estómago, aunque los manjares que coma sean sanísimos, sabrosos y exquisitos.

3. Las oraciones vocales deben ser pocas pero fervorosas. No la mucha comida, sino la bien digerida, da vigor á la persona. Más vale un Padre nuestro ó breve salmo dicho con tranquilidad y afecto, que muchos rosarios y oficios rezados con prisa y ansia.

4. No conviene abrazar mucha materia para la meditación, sino poca y conceptuosa. También conviene tener presente el consejo de los más doctos entre los padres de espíritu; esto es, que meditando debemos entretenernos más en los afectos del corazón que en los discursos del entendimiento; pues que la reflexión es el medio y el afecto es el fin.

5. Si alguna vez rezando oraciones vocales que no sean de obligación, Dios os convida á meditar, seguid su

impulso, porque hacéis un cambio mejor y más grato á Dios.

6. Conviene ir á la oración con recogimiento y con paz, sin ansiedad. San Francisco de Sales escribía á una persona santa, pero demasiado ansiosa, y la decía: «La grande ansiedad que tenéis en la oración de encontrar algún objeto que consuele vuestro corazón, basta para impedir el encontrar lo mismo que buscáis. Cuando uno con ansia y precipitación busca una cosa perdida, la tocará con las manos, la verá con los ojos cien veces y nunca la advertirá. De esa vana é inútil ansiedad no os puede resultar más que un gran cansancio de espíritu, y de éste una grande frialdad y estupidez, en el alma.» Así habla el Santo.

7. No sobrecarguéis jamás vuestro espíritu con sobrada oración, sea mental, sea vocal. Cuando el espíritu siente náusea ó cansancio, si se puede se debe interrumpir ó suspender la oración, ó aliviarse algún poco, empleándose en cualquiera otra honesta ocupación ó discurso, ó con otro medio oportuno. Este es un gran documento de Santo Tomás y de los Padres más iluminados, y que es menester practicar con estabilidad. Del cansancio del espíritu, como hemos dicho, nacen el tedio, la frialdad y estupidez del alma. (1)

8. Nunca volváis á decir las oraciones ó rezo aunque os parezca haberlas rezado con la mente distraída. No podéis imaginaros á qué angustias puede arrastraros ese uso, que debe absolutamente prohibirse: basta el deseo habitual de estar recogido en la oración. Dios igualmente premia el deseo que la obra cuando ésta no está en nuestra mano, dice San Gregorio Magno. En estas involuntarias distracciones Dios nos sustrae su presencia, no su amor. Santa Teresa en su sequedad y distracciones solía decir: «Si no hago oración, hago penitencia.» Pero yo añado: vos vos hacéis penitencia y oración; penitencia por el

(1) S. Tomás, 2. 2. quæst. 84. art. 14 in corpore.